

símiles, no han penetrado, por fortuna, ni penetrarán jamás en nuestro país. Los Profesores españoles se han distinguido siempre por su rectitud de conciencia y por la proverbial seriedad con que someten de continuo á meditado examen y clínica comprobación toda clase de adelantos y pretendidos descubrimientos; ellos han dado á la terapéutica operatoria el carácter más humano, que es consentido dentro de toda indispensable mutilación, no apelando al sacrificio de parte alguna del organismo del hombre sino en caso de extrema y absoluta necesidad, mereciendo por esta conducta que, con el dictado de *cirugía conservadora*, haya sido universalmente reconocida la práctica de nuestra Nación, dictado en el que se manifiesta las altas dotes de moderación y prudencia que personifican y retratan la ilustración de nuestros Cirujanos, á quienes si acompañan en sus resoluciones la serenidad y la destreza nunca deja de guiarles los más puros sentimientos de deber y de humanidad. Más esto no obstante, lo denunciado en otros países no nos consienten entregarnos á una ciega confianza que pudiera algún día ser punible y desastrosa. Cuando una clase social no vé recompensados sus esfuerzos en la proporción que piden sus necesidades y sacrificios, corre serio é inevitable peligro de ver comprometidas y quebrantadas las excepcionales virtudes que la impone el ejercicio de sus funciones. Y este peligro sube de punto cuando los descubrimientos de la anestesia, de la asepsia y de la hemostasia, facilitan osadías y atrevimientos antes sólo reservados á hombres de verdadero genio y superior ilustración. El inapelable jurado que constituiría toda clase médica una vez colegiada, libraría de caer en tan reprobados extremos á los desdichados seres que á ello se sintieran inclinados, é impondrían á todos sus miembros en el ejercicio de sus facultades la moral y dignidad que reclama la elevación del arte, consagrado al alivio del dolor, á la moderación de los sufrimientos de ese titulado Rey de la Creación, que, colocado á la cabeza de la especie animal, es á la vez el sér más indefenso y alevosamente acometido por las especies inferiores.

No hemos de esforzarnos en presentar á vuestra consideración la existencia de llagas y úlceras mal olientes que no deben ser descubiertas en este lugar, y que á la nuestra, como á todas las profesiones, corroen y envenenan. Los microbios de la envidia, de la ambición y de la impaciencia, segregan letales ptomanías, más contagiosas y virulentas que aquellas otras á que consagrais diariamente vuestras investigaciones. Oponedlas á su desarrollo un terreno cuidadosamente cultivado por las ideas del bien, de la justicia y de la moral, y su semilla no arraigará ni cosechará frutos, como no germinan ni fructifican las siembras patógenas en organismos bien constituídos y no debilitados. La diseminación y disgregación de nuestras energías es la causa principal de la conducta poco correcta seguida por algunos de nuestros extrañados profesores; el sentido individualista que domina nues-